

México. La ciudad (1892)

México se halla a 2,227 metros de altitud. Es, después de Quito (2,900 metros), la ciudad más elevada sobre el nivel del mar. Como el aire está muy enrarecido, se respira veinticuatro veces por minuto en lugar de dieciséis como en Veracruz. El hecho de subir por una pequeña escalera resulta suficiente para dejar sin aliento a los recién llegados. En cuanto a los artistas extranjeros de las compañías de ópera, no es sino hasta los quince días que alcanzan sus notas con fuerza.

Otro inconveniente: la ciudad es muy húmeda. Al escarbar la tierra se llega muy rápido a una capa de agua, pues el lago de Texcoco, que se encuentra a una legua de distancia, tiene su nivel habitual a sólo 35 centímetros bajo el suelo de la plaza de la Catedral. En la época de lluvias, las calles de la Ciudad de México se dejan invadir por la crecida del lago, dando como resultado la casi reconstitución de la vieja Tenochtitlan, la Venecia azteca. Esto no sucedería si el gobierno se hubiese ocupado del mantenimiento del famoso canal de Nochistongo, cuyos trabajos de construcción duraron cerca de un siglo. En la actualidad esta gigantesca obra se ha perdido y, para preservar a la ciudad de inundaciones periódicas, se construye un canal-túnel que servirá de desagüe para las crecidas de los lagos del valle.

Aparte de esto, México, por sus calles, paseos, monumentos, es una ciudad muy bella donde el europeo no se siente desterrado.

Vayamos a la calle.

Honor primero a los antiguos propietarios del suelo... Resulta bastante difícil encontrar indios en verdad puros en el interior de las tierras y con mayor razón en las ciudades, donde la raza indígena tiende a mestizarse más. En fin, aquí llaman indios a todos los pobres diablos de piel morena que se ocupan de oficios inferiores, cargadores, aguadores, etcétera. Aquellas mujeres que llevan a sus hijos enrollados en un rebozo sobre la espalda y cuyo traje es parecido al de las indias de Tehuantepec y de Guatemala, son otomíes, raza totalmente diferente a la de los aztecas. Estos últimos son más altos y más hermosos. Su idioma, notable por la ausencia de las consonantes b, d, g, f, r, s, es gutural, silbante y armonioso. Aunque vestidos de simple algodón blanco, llevan su orgullo y coquetería hasta el uso de lujosos sombreros bordados de plata y oro. Para pagarse este capricho, vacían su bolsa y la de sus amigos, sin pensar que en unos cuantos días se verán obligados a empeñar sus bellos tocados en el Monte de Piedad.

Los indios se ven muy majestuosos cuando se tiran sobre el hombro una punta de su colorido sarape, el cual resulta muy pintoresco en el bonito traje de charro. México, hijo maldito de España, es como su madre, el país de los vivos colores.

Miren pasar a la mexicana, negligente y graciosa. Las malas lenguas dicen que es perezosa y poco coqueta en su interior... Es asunto suyo y de su marido. Pero al ver su estilo de caminar ondulante, su mirada enérgica y lánguida, y su tinte moreno que traiciona un origen indio, se le proclama reina de los trópicos.

Es levantando el brazo y agitando los dedos de su manita enguantada como saludan a sus antiguos conocidos. Cuando se encuentran con una amiga, gentilmente hacen un intercambio de besos sobre los labios (en Francia, besos de enamorados solamente). En fin, las jóvenes son tan bellas y seductoras, que los hombres las desposan sin dote. La mujer en este país, en lugar de aportarle dinero al marido, se contenta con darle su frescura y sus hermosos ojos negros.

He aquí al mexicano, cuyo rostro franco y abierto atrae las simpatías. ¡Vamos a estrecharle la mano! ¡Perdón! Su corazón cálido y generoso necesita más que el *shake of the hands* de los ingleses; él acostumbra tomarlo a uno entre sus brazos y, durante un buen rato, propinarle golpecitos en la espalda con la palma de la mano, como para acercarse más, si fuera posible. Su grado de afecto se halla en razón directa con la fuerza de las palmadas y la duración del enlazamiento. Me encanta este saludo cordial.

Igual que su ancestro europeo, el español, el mexicano posee en su carácter algo de gran señor. Siempre, y en todos lados, tiene la mano en la bolsa, paga las cuentas del restaurante a sus amigos —a pesar de las reclamaciones de éstos— de una manera natural, sin esperar agradecimiento. Los vividores podrían, en este país donde la generosidad más sincera es la regla, vivir fácilmente.

Nada es tan importante como un mexicano vestido con el traje nacional, sobre todo cuando monta un brioso caballo. Por desgracia, el sombrero de copa alta y nuestros trajes parisienses, tienden a reemplazar la vestimenta del charro. Hay que decir que tiene la desventaja de ser demasiado costoso. Por poco artísticas que sean las espuelas, con la botonadura pesada, la toquilla y la cinta de plata o de oro puro, llevan un traje de 2 mil o 3 mil francos. Desde la Intervención, la moda ha cambiado. El sombrero, cuya cofia era un tronco de cono, ha tomado ahora la forma de un pan de azúcar. La calzonera se ha cerrado hasta los pies; la historia de la formación de ésta es bastante curiosa.

Los indios del interior, vaqueros y otros, montaban a caballo, al principio, con calzoneras de puro algodón. Pero al advertir que el frote continuo de las sillas gastaba

demasiado rápido esta ligera tela, se envolvieron las piernas con una especie de pantalón de cuero, abierto por los lados de arriba hasta abajo. Los hilos que servían para unir los bordes fueron pronto reemplazados por broches de metal ordinario (botonadura) que bajaban hasta media pantorrilla dejando salir los pliegues del calzón interior. La sociedad, poco a poco, adoptó esta forma cambiando —bien entendido— el cuero por paño, el cobre por plata y oro, y el algodón por encaje. En la actualidad, la botonadura desciende hasta abajo y la calzonera se ha transformado en un pantalón ordinario de corte especial.

Es consagrar demasiado tiempo a la ciudad. Mejor consulten el libro de Boedeker y obtendrán detalles muy interesantes sobre el Salto del Agua, la iglesia de Santo Domingo, el convento de la Merced (cuyas finas arcadas han sido tapiadas para servir de dormitorio a los soldados), el museo, la Catedral y el Sagrario (con el estilo sobrecargado, pero agradable, de Churriguera). La Plaza de Armas es muy hermosa, con el Palacio de Gobierno y los portales donde se encuentran nuestros compatriotas, los *barcelonettes* (así nombrados porque vienen de los Bajos Alpes y, principalmente, de Barcelonette). Gracias a su trabajo, han terminado por matar las grandes casas de comercio de novedades inglesas y alemanas, y han llegado a ser los amos del comercio. Serían muy agradables si... ¡He aquí el francés! ¡Siempre criticón! ¡Nunca está contento! Pero, ya empecé y debo terminar. Serían entonces muy agradables si hablaran un poco menos seguido su innoble dialecto y si el título de francés fuera, a sus ojos, un título por lo menos igual al de *barcelonette*. El joven que no es de su distrito y quiere obtener en sus casas de comercio un empleo digno de su inteligencia, debe tener el espinazo flexible y la sonrisa fácil. El nepotismo pasa todavía, pero no comprendo el "barcelonetismo". ¡Chist! ¡Nada de neologismos!

Hoy es domingo. Aquí y allá, como colegiales de paseo, como prisioneros, grupos de soldados circulan con sus mujeres bajo la vigilancia de sus superiores. Nunca los dejan salir solos. Éste debió abandonar su ropa de percal y vestir el traje militar por haber repartido algunas cuchilladas; aquél por haberse robado un huevo; los demás por no haber hecho nada más que encontrarse en la calle de las pulquerías en el momento en que la cerraban dos patrullas encargadas de recoger voluntarios. He aquí, en toda su simplicidad, el sistema de reclutamiento en México.

Dirijámonos hacia la Alameda, linda plaza embellecida por grandes árboles y los ojos de las mexicanas. Sigamos el paseo. ¡Ah! Aquí está la estatua de Cristóbal Colón. Y allá hay uno cuyas manos están rojas de sangre india y que debería hallarse en la misma

picota que los Cortés y los Pizarro. Este gran hombre al que conocemos bajo un rostro tan dulce, amaestraba perros para combatir a los indígenas de Santo Domingo y vendía a sus prisioneros como esclavos, cuando les había presentado la cruz como símbolo de civilización y libertad. Un poco más lejos encontramos la estatua de Cuauhtémoc (Guatimozin), obra de un francés como la de Cristóbal Colón. En el Zócalo, varios bajorrelieves de bronce representan los principales personajes de la conquista: Moctezuma, el rubio Alvarado (los aztecas lo llamaban Tonatiuh, hijo del Sol; era tan sanguinario y codicioso como apuesto) y Malintzin, la bella india, la inteligente intérprete de Cortés quien, por amor a él, traicionó a su raza y salvó varias veces de un exterminio completo al ejército de los españoles. Para recompensar a la complaciente amante (a quien había hecho madre) por su afecto y sus servicios, el jefe de los conquistadores la dio en matrimonio a un viejo soldado de su tropa. ¡Pobre muchacha! Pero Cortés fue castigado más tarde, al igual que todos los verdugos de la raza india. Pizarro cayó asesinado por sus hermanos de armas, Cortés y Colón murieron miserablemente: el uno en Sevilla y el otro en Valladolid. ¡El dedo de Dios!

Hemos pasado demasiado tiempo en la ciudad. Vayamos a visitar los alrededores, empezando por la fiesta de las flores en Santa Anita.

Tomado de

Ludovic Chambon, *Un gascón en México*, México, CNCA, Col. Mirada Viajera, 1994, 214 pp.